

EL PARTIDO COMUNISTA

APENAS hay motivos para sonrojarse de las presiones de los Estados Unidos sobre un tema privativo de la política interior española como es el reconocimiento, o legalización, del Partido Comunista de España. Las están soportando, más fuertes, más rudas, otros países incluidos en la órbita imperial que podrían aparecer como más fuertes o más asentados que España. En Portugal han sido violentas. En Italia van desde la agresión verbal de Ford y de Kissinger a todos los medios posibles y todas las movilizaciones posibles. Las independencias, en esta agrupación que se ha dado en llamar atlántica, son muy relativas. Sin embargo, en todos esos países los partidos comunistas existen y forman parte de la textura democrática.

LA noticia de esta intervención se publica ahora por primera vez en la prensa española dando un rodeo: se relata desde Estados Unidos, por agencias y corresponsales, recogiendo lo publicado en "Washington Post" por un especialista en asuntos ibéricos, Jim Hoagland. La "virtual intervención" —escribe A. V. en Informaciones, desde Nueva York— se hizo patente durante el reciente viaje de los Reyes a Estados Unidos. La Embajada de Estados Unidos en Madrid "ha advertido a las fuerzas liberales presentes en el Gobierno y, por lo menos, a un partido político de oposición" en contra de la legalización inmediata del PCE. La postura del embajador —escribe A. V.— es que la oposición debería abandonar el tema de los comunistas y prepararse políticamente de cara a las próximas elecciones. Según el Post, de Washington, el Gobierno español estaría dividido en tres sectores sobre este tema: el señor Arias y los militares, opuestos a la legalización; un segundo sector estimaría que la ilegalidad del PCE le reforzará y pondrá en peligro la reforma, y un tercer grupo, en torno al señor Fraga, adoptaría una posición intermedia "mientras busca un diálogo secreto con los comunistas encaminado a alcanzar un compromiso con ellos bajo el que el Partido Comunista español podría ser legalizado antes de dos años si su dirección desistiera de la lucha política durante dos años".

LA posición atribuida al señor Fraga podría confirmarse con las palabras que éste ha pronunciado ante un periodista italiano, publicadas en "Il Settimanale", de Roma: "Los comunistas no serían admitidos en esta primera fase. Entendámonos: exclusión no quiere decir persecución". Aclaración esta última que parece desmentida por los hechos: detención de don Santiago Alvarez, prisión del señor Romero, petición fiscal de dieciocho años para el señor Sánchez Montero... Y una serie de noticias diarias de "desarticulación" de grupos comunistas con sus correspondientes detenciones. En todo caso, el señor Fraga sostiene: "Por lo que a mí se refiere, no creo que la prohibición sea definitiva".

LA intervención de los Estados Unidos no es ni siquiera una noticia. Es una constante de su política imperial. Los Estados Unidos se convirtieron en los protagonistas de la lucha contra el comunismo en el mundo que estaba a su alcance desde que éste apareció por primera vez: se dice que los 14 puntos de Wilson, en 1918, estaban ya inspirados en el propósito de ofrecer una alternativa al leninismo. El enfrentamiento se produjo por medio del "cinturón sanitario" y los ejércitos expedicionarios cuando Rusia todavía era un inmenso barrizal devorado por el hambre, la historia de la dilapidación zarista y la guerra civil. Desde entonces, los Estados Unidos han producido guerras, pactos, ayudas económicas, inventado partidos políticos, presionado en todo el mundo —con el interregno de la alianza contra el nazismo: sin olvidarnos de que el nazismo y su antecesor y hermano, el fascismo, y sus diversos y posteriores epígonos, formaban parte del anticomunismo, que salió mal— para cortar el paso al comunismo. Ejércitos, billones de dólares, propaganda por todos los medios, represiones, organismos mastodónticos como la CIA y el FBI, más todas las Policías políticas del mundo en su órbita

han combatido en estos sesenta años al comunismo en todas sus acepciones: desde el nacionalizado afincado en regímenes, hasta el presente en todos los países. Es innecesario insistir en que ha fracasado. Si se considera lo que era el comunismo en 1917 y lo que es ahora, su extensión territorial —media Europa, China, URSS—, su influencia en grandes países europeos, su presencia en el Tercer Mundo, veremos fácilmente que el anticomunismo de los Estados Unidos ha fracasado. Seguir la línea de los 14 puntos —que no pasaron de una formulación más— o de la extensión de la democracia, de una oferta de vida a los desheredados que pudiera ser una alternativa, hubiese sido más útil. De todas formas, es imposible predecir hasta dónde hubiera llegado el comunismo de no haberse producido esa muralla militar, policíaca y subterránea de contención. Nuestra opinión es la de que los excesos de defensa han aumentado la fuerza del comunismo. La aumentó el nazismo. Y la aumentó el error de los Estados Unidos al patrocinar dictaduras y tiranías —Ngo Din Diem, Nury es Said, Trujillo, Batista...— para impedir el paso del comunismo. Muchos ciudadanos víctimas de esa torsión que se llamó, con sangrienta ironía, "mundo libre" decidió que prefería el comunismo.

MAS aún: a partir de la segunda guerra mundial, el anticomunismo duro de los Estados Unidos ha destruido toda la política positiva de las democracias en el mundo. La política que ahora se pretende seguir en España, la de ofrecer a la oposición democrática no comunista determinadas ventajas —en España, tan menguadas y pobres como el solo hecho de reconocer que existen, y permitirles participar de una reforma pobre y disparatada— llegó a destruir partidos tan veteranos en Francia y en Italia como el radical, el socialista. El miedo a los odiosos inventos propagandísticos de "tontos útiles" o "compañeros de viaje", unidos a las persecuciones y prohibiciones que esto entrañaba, desmontó toda la izquierda democrática europea. Se está pagando ahora ese destrozo. No hay que culpar a los Estados Unidos de haber propagado o exportado esa confusión, porque ellos mismos han sido sus víctimas: la larga era McCarthy, la guerra del Vietnam, han destruido el "sueño americano" inscrito en la Declaración de Independencia de hace doscientos años, ha roto su sociedad. Los Estados Unidos están enfermos de anticomunismo. Lo cual no les impide continuar por la misma vía: en Chile o en Uruguay. Si hace falta, en Italia. Parece que no tienen ya política de recambio.

EN lo que se refiere a España, no necesitan levantar muchos estímulos los Estados Unidos para despertar un anticomunismo que no se durmió nunca. Su mal lo estamos viendo ahora. Los obstáculos a la reforma, por modesta y por incongruente —constitucionalmente hablando— que sea los está poniendo el anticomunismo. "Tal como queda en el informe, el artículo 172 del Código Penal puede ser no ya una trocha, sino una autopista para la legalidad del Partido Comunista. ¿Qué opina usted?", preguntaba —si eso es una pregunta— la periodista de "ABC" Pilar Urbano al procurador Iglesias Selgas en la sesión de Cortes en que se cortó el paso al proyecto gubernamental. En esa formulación hay un pensamiento. La idea de que todo lo que se haga no tiene más que un signo: a favor o en contra del comunismo. Es indudable que esta manera de ver las cosas está falseando enteramente la política nacional actual con unas condiciones de gravedad muy grandes. Se está levantando el mito del comunismo como un enorme fantasma. Lo están levantando los anticomunistas.

Es así desde 1936. En aquel momento, la presencia en España del comunismo era escasa y pobre. Pobre ideológicamente, porque no tenía doctrina propia, sino una línea internacional de pensamiento que podía o no adaptarse a la realidad española, pobre en afiliados y pobre en votos. En las elecciones de febrero de 1936, el PC consiguió 14 diputados: la cifra hubiese sido mucho más baja de no

EN ESPAÑA

haber estado inscrito en las listas del Frente Popular. El Partido Comunista cobró importancia durante guerra, precisamente por la situación misma de la guerra y porque la Unión Soviética prestó una ayuda condicionada que la República aceptó porque le fallaba la de las grandes democracias. Y por su capacidad de organización, por su dureza combativa. Pero es un error seguir creyendo que la guerra en España fue anticomunista: las fuerzas que la perdieron entonces iban desde la derecha —monárquicos de las dos dinastías, cuyos pretendientes no pudieron volver del exilio; derechistas como Lerroux y Gil Robles— hasta los anarquistas y los socialistas, pasando por los republicanos de todos los orígenes. Todos los cuales eran anticomunistas. Este sería un tema largo de tratar, y lo han hecho ya numerosos historiadores políticos.

PERO, ¿qué es el partido comunista español en la actualidad? Puede decirse que la fuerza que suma es la propia y la del anticomunismo. No hay una estimación válida. Se ha dicho que tiene 6.000 afiliados —es la cifra que figura en los cuadros internacionales hechos por fuentes occidentales—. Por su parte, en rueda de prensa del PCE en Madrid, se dio la cifra de 90.000 militantes. No hay la menor idea de comprobar esa cifra. Se ha dicho que en unas elecciones libres y con propaganda permitida no pasaría del 5 al 12 por 100 de los votos. ¿Quién lo sabe? Expresar ahora la idea de que España, por sus características económicas propias, por el talante nacional, por el supuesto "individualismo" —que en los cuarenta últimos años se ha mostrado como algo totalmente inexistente— o por su religiosidad —algo de lo que también se puede dudar— es un país que "no puede ser comunista" es algo sin sentido. Afirmar lo contrario, que España es un país abierto al comunismo en cuanto se baje la guardia, es una botarata. Algo peor. Es una manipulación de la realidad política en defensa de los intereses antidemocráticos.

NADIE sabe lo que puede o no puede el comunismo en España, lo que pesa, lo que es. Nadie sabe lo que son ninguna de las fuerzas políticas. Atribuirle, como se está haciendo, una imagen compuesta de adulteraciones históricas y de inexactitudes políticas, que van desde la culpabilidad de la guerra civil y la comisión exclusiva de atrocidades hasta la obediencia a una dirección internacional, no es más que falsear la realidad. Con la intención de desmontar a las otras fuerzas políticas antiautoritarias de España. La oferta de que se separen del comunismo para obtener un estatuto es precaria y malintencionada. Las declaraciones que están haciendo hasta ahora los dirigentes de la oposición democrática indican que son conscientes de esta maniobra. La democracia no admite límites: si hay delitos contra ella, se podrán apreciar cuando se intenten cometer. En cambio, una limitación de la democracia alcanza a todos los que la acepten.

HAY, sin embargo, opiniones que podrían interpretarse como proclives a una fisura en las fuerzas de la oposición. Por ejemplo, las que se han atribuido a don Felipe González, secretario general del PSOE. Estarían publicadas en "Der Spiegel" y "La Prensa" de Lima. Hay que desconfiar siempre de esos resúmenes. Habría dicho don Felipe González que el partido comunista es antidemocrático: "Nosotros, en cambio, preferimos ser acusados de prudentes reformistas, cosa que naturalmente no somos, que separarnos del resto del país". Históricamente, el señor González considera que el PC es solamente una escisión del PSOE (1921) y que se da a sí mismo en su organización un modelo antidemocrático; por consiguiente, la propuesta que hará a la sociedad española no podrá diferir de su modelo propio y sería también antidemocrática. No deben ser muy exactas esas transcripciones, o ha habido después una evolución del pensamiento del secretario general, cuando en sus declaraciones del domingo a "El País" decía que quería dejar "claramente sentado que nosotros no entramos en el juego de calificar a esa fuerza política como no democrática. Nuestra experiencia es que durante años están luchando por las libertades democráticas, soportando por ello índices de represión por todos conocidos. Hoy y mañana, como una exigencia de nuestra condición de socialistas, lucharemos por la li-

bertad y la legalidad del partido comunista. Como de todas las fuerzas que componen el espectro político de nuestro país".

DENTRO del PSOE hay, sin embargo, mucha fuerza de las tendencias llamadas históricas —no siempre antiguas— que propenden a un repudio claro del comunismo. Es una posición conocida en los tiempos de la guerra civil y anteriores. Y permanentes durante toda la guerra fría en Francia y en Italia. En alguna ocasión, como durante la guerra fría en Europa, esta posición socialista ha servido al imperialismo y a la derecha. En muchos casos ha desnaturalizado al socialismo haciéndole volver hacia alianzas como la sostenida hasta ahora mismo en Italia con la DC, convertirle en instrumento capitalista como en Gran Bretaña o en arma de combate como en Alemania Federal. Es normal que el socialismo no admita al comunismo: el uno es una herejía del otro, si se quiere, y las vías que toman son distintas, pero es preciso que el anticomunismo del partido socialista no vaya a coincidir con el de los enemigos del partido socialista. O con los de la democracia, como es el caso español. Un partido socialista fuerte es eficaz para reducir la clientela del comunismo; pero un partido socialista no es fuerte si su anticomunismo le lleva a posiciones políticas derechistas. No hay que olvidar que a veces las posiciones coyunturales forman un carácter definitivo.

EL Partido Comunista está viendo ahora las posibilidades de que efectivamente algunos de sus compañeros de oposición le dejen solo. Ese sentido parecen tener las declaraciones de su representante, don Armando López Salinas, a "El País", comentando la ley de asociaciones: "Es de esperar que las fuerzas políticas se lo piensen dos veces antes de pasar por la ventanilla. Lo que se pretende es un contrato de adhesión hacia unas formas no democráticas de libertades políticas. Yo creo que, en principio, las fuerzas políticas harán honor a los compromisos contraídos". Mal asunto, en política, cuando se alude a "compromisos contraídos": no hay más compromisos válidos que aquellos que benefician a todas las partes comprometidas. Las fuerzas democráticas considerarán su situación con arreglo a un realismo. El realismo, desde nuestro punto de vista, será el de no aceptar medias medidas ni democracia a medias.

EL realismo, no sólo para las fuerzas políticas de la oposición, sino para los reformistas, que se están jugando su porvenir político y el del país, es el de considerar las cuestiones aquí y ahora: el comunismo de hoy y su valor actual, no su mito histórico en España y en el mundo. La democracia como debe ser, y no con argucias, limitaciones, concesiones. En cuanto al Partido Comunista, su porvenir está en que él mismo sepa examinar su verdadera posición en la España actual y en el mundo actual. No debe pretender tener más fuerza que la que realmente le dé la democracia, ni más peso que el de su pertenencia a una serie de organizaciones democráticas, con las que tiene que actuar de consuno. No parece lógico que acepte las propuestas del señor Fraga de abandonar la lucha —si es que realmente existen, que se puede dudar— o de estar a prueba durante un período de dos años. Pero sí parece necesario que un esclarecimiento ideológico y práctico de su situación actual y de sus posibilidades le sitúe en el puesto que realmente le corresponda. No es partido parco en declaraciones y en manifiestos, pero les suele dar un tonillo y un léxico que pueden dar lugar a muchas desconfianzas.

UN planteamiento real de la situación política en España, como de la situación política en el mundo, tendería a despejar el gran fantasma del comunismo que sigue "recorriendo Europa", como se decía ya en la primera fase del "Manifiesto". Ese fantasma ha hecho más en favor del comunismo que sus famosos activistas y que su ya desvanecido instrumento de "agit-pro". Y ha hecho mucho más en contra del desarrollo del proceso democrático. El comunismo no ha representado la forma de democracia que ahora se desea ver; pero el anticomunismo ha luchado contra el comunismo y contra esa forma de democracia.